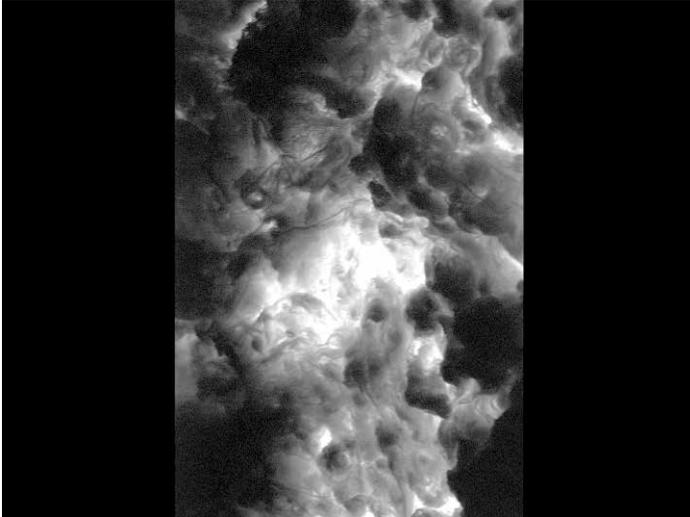


Jirones de un cuerpo: tejer en el destierro

*Sara Sutton
Cynthia Araf**

Tanta sangre le escurrió por los ojos para dejar de creer en los cuentos de hadas en que no creía. No podía dar por perdido el paraíso cuando por momentos lo habitaba. ¿Cómo dejar de buscar a ese hombre si —en fugaces instantes— sus miradas se habían cruzado?

*Paraísos y destierro.
Sangre y miel.*



* Texto de Sara Sutton y fotografía de Cynthia Araf.

Entre la fusión de sus cuerpos y la imposibilidad del encuentro aparecía el precipicio. Arrojada a ese hoyo negro, no sabía si se abismaba en la soledad más agónica o si la ausencia de luz difuminaba el contorno de los cuerpos que ardían: borradura del límite que en su momento inauguró la vida... su vida, siempre con el aliento entrecortado.

Un día un hombre,

después de tantos, fue el primero, el único. ¿Cuánta entrega a un fantasma? No, no era un fantasma, era el cuerpo de su escritura y el exceso de su nombre que al pronunciarlo la hechizó: Él se convirtió en su Dios. Y ella, siendo testigo de la ausencia del Nombre, apostó el cuerpo por su encarnación. Ah, niña ingenua. Sí, frente a él ella era una niña y, enloquecida por su deseo, se disponía a ser su amante fiel. Ningunos ojos podrían ya mirarla más que los suyos, ni el espejo regresarle su imagen; sólo Él podía ser espejo, palabra para nombrarla.

Angustia.

Vértigo: mareo frente al abismo y mareo de vuelo. Deseo nauseabundo de arrojarse y echar a volar retando temeraria a la ley; sin embargo, Él le arrancó el cuerpo y se lo llevó su ausencia, dejando tras de sí la locura del silencio. ¿Quién era?, ¿un cuento? Ella no lo quería sin carne, sin tiempo, sin tierra. Él era su destierro: su tierra prometida. Cuarenta años... no estaba dispuesta a morir sin tocarlo. Quería vivir sólo en sus brazos, a través de sus letras y su voz. Creía que sus ojos existían sólo para que Él los mirara, para que sus labios los cerraran y sólo volvieran a abrirse para buscar su rostro. Y así fue. Se infiltró por sus ojos y toda la invadió: en su ausencia aparecía en el aire, en la luna, en la arena, en sus manos. Se disolvió en él para renacer de su carne y llevarlo siempre dentro. Pero no era su cuerpo ni su texto ni sus manos ni su voz. Era el milagro, el depositario de todo a lo que ella había renunciado: la fuga, el pretexto de su delirio

y su rebeldía ante el saber. Era la potencialización de todo su deseo en un abrazo tembloroso que anunciaba la comunión.



Comunión

de la tierra y el cielo. No eran dioses intoxicados de deseo, eran la tierra y el cielo enamorados. Él le confesó que con ella sería un Dios. Ella de antemano lo sabía, pues se creía materia prima, barro blando y húmedo con que él esculpiría su cuerpo de mujer. ¿Y qué criatura podría surgir del ominoso encuentro entre dioses y mortales?

Demonios que exiliados del cielo y aún conteniendo en su simiente el aliento divino se ven condenados a buscar y destruir la perfección. Ella, embriagada de deseo, estaba cierta de que los dioses existían. “No sólo hay dioses caídos —dijo temeraria—, siempre se caen y sin embargo un instante antes de su descenso, les develan a los empecinados amantes la experiencia de lo divino”. Pero ella quiso olvidar que ese instante es sólo un relámpago que irrumpe en el tiempo. Al confundir el tiempo con el instante inaprensible de lo sagrado —turbador de la profana cronología—, sólo quedaba el arribo del

horror.



Escena que prolonga en el tiempo la felicidad eterna e inmóvil de aquel encuentro. No obstante, ella se rehusaba a dejar de creer, le resultaba insoportable renunciar a construir, por un tiempo sin tiempo, un templo que disolviera el designio que dividió en un principio el cielo y la tierra. Caos. Los ojos ya no saben si miran o son mirados, los dedos se extravían en los vientres, las lágrimas en los flujos y los gemidos en los jadeos. Y ya no es Él quien le regresa a ella su propia imagen; sin pausas en Él se sumerge imposibilitada de resurgir.

Extraviada en la difuminación del espacio y la abolición del tiempo, olvidó que no hay encuentro posible. Así negó que eran dioses que se sabían mortales en medio de un carnaval que obnubilaba su saber. Hizo del velo carne: encarnación de la máscara y sus poderes. Se obstinó en no saber que siempre son cruces, nunca puntos de encuentro; que el canto divino es ineluctablemente preludeo del silencio. Mientras su texto leía, ella nacía para volver a morir entre trazos y letras delirantes.

No obstante, el cuerpo de esa niña que a ciegas se disolvía en Él, era hierba.

Hierba

que se deslizaba por cualquier fisura y voluptuosa buscaba cualquier hueco, cualquier falla o descuido para colarse e invadirlo. Fecundaba, cual esperma femenino, demonios entre lágrimas de sangre y vino, rezos profanos, monstruos dantescos y suplicantes serpientes. No quería humanizar al Dios de quien estaba enamorada; anhelaba su encarnación con el fin de profanar su cuerpo, hacerlo perder la razón y la medida, para entonces salvarlo entre sus brazos y hundirse con él en el desquiciamiento.

Suspiro.

Lágrimas, exhalaciones, gritos, temblores que intentaban descongestionar el cuerpo que implotaba de amor. Mas todo era un mito. Ella seguía leyendo y, entre frases intempestivas y lecturas que violan, su cuerpo no aparecía y su escritura era pura invocación. La embecía un amor siempre investido de angustia. Angustia antes que amor: anticipación de la caída, de la trágica humanización del Dios, de la imposibilidad de amarlo sin suicidio.

Y hundida en este torbellino, un día —por fin— se perdió entre sus brazos y sus labios lo dejaron de evocar para besarlo. Se enfermó de amor, muriendo en la consumación incestuosa y su renuncia. Ya no había salida; se desvanecía en su presencia y en su ausencia.

Perdida.



No aparecía ya más que en su nombre, no cabía más que en sus brazos, no sentía más que sus besos, sus caricias y esos abrazos desesperados por arrancarse la piel. Ella se desparramaba en su nombre y la desgarraba su existencia. Era la vida amenazada por tanta vida, por tanto *tanto*. Entonces la sangre —símbolo de la violación del cuerpo aislado y protegido— apareció como manto protector, a modo de misteriosa frontera. Curiosamente la sangre, rebelde ante los ciclos orgánicos, acudió para protegerla contradiciendo a su deseo suicida de entregarse toda sin certeza de resurgir entre sus brazos.

*Caída
libre.*

Ella era sorda al miedo, a la fisura del mito, a la falla en el Nombre; mas la sangre acudió ante un sí incondicional que no advertía tantas señas. La sangre milagrosamente fue el *no*, el no que sabía. En medio de abrazos y desenfrenos Él sólo hacía como si se entregaba. No cabe duda de que Él vivía otro cuento, leía otro texto, soñaba

aparte: calculaba. Retenía con desesperación las comas y los puntos mientras ella imploraba que extraviara para siempre la puntuación. Él, finalmente, optó por el silencio ante el filo de un discurso enloquecido.

Pero pronto se percató de que no era Él sino el viento. ¡Cuántas veces había sido por él poseída! El viento pícaro en las noches de melancolía tendía a colarse por su ventana y la recorría despacio, mudo, estremeciendo cada rincón de su ser. ¡Cuánta soledad en su locura!

Despechada, hizo un esfuerzo por recoger sus pedazos y lazar algo con ellos para no enloquecer al encontrar su nombre en cada lágrima. ¿Cómo hacer suyo su propio texto? Ahora debía recuperar su escritura, sus ojos, su cuerpo. Tenía la frágil ilusión de que de tanto repetir su nombre se gastaría hasta desaparecer.

Tuvo un sueño: en medio de una orgía de máscaras, ella —desprovista de prudencia y cobijo— se percató de que su atuendo era la piel. Anonadada, se descubre palpitante y expuesta al gélido viento que golpeaba los disfraces faltos de cuerpos. Máscaras que no escondían más nada, textos huérfanos de carne asediando un cuerpo desnudo, arropado de deseo.

Vergüenza.

Deshonra.

Decepción.

Desencanto.

Ella lloró un mar y ya no sabía si era por Él o por la intransigente realidad. Quizás fue su nombre. Ya no sabía si ahora lloraba por la realidad o por su obstinación en negarla. Lloraba de dolor y tristeza, de rabia y vergüenza.

Desierto.

Entonces, a través del silencio, el flujo incandescente se transformó en lava que quema y solidifica nuevas tierras. Pero esa exigua cordura —retazo de islote— no lograba asir su propio cuerpo luchando por desdibujarse y decirse desde otro aliento. Asfixia de fuego y ley. ¿Dónde encontrar una ventana? El exilio como escritura era su última esperanza.

Tanto amor no entregado, tanto llanto y tanto aliento la arrastraron a la palabra para trastocar el goce en texto; sin embargo, las palabras no venían y aquellas que se deslizaban etéreas, al intentar atraparlas, ya otra cosa expresaban. Reconoció que no encontraría un decir que exorcizara aquello que convulsionaba en silencio su cuerpo. Su texto era un hilado de jirones en el destierro del paraíso, palabras que cual dulces ornamentos, sin borrar la huella de su locura, sólo alcanzaban a rozar un sentido que descubría nuevas tierras. Textura discursiva,

suplemento de oasis.



Y el agua no apagaba su sed mas impedía que se ahogara en un pantano de sudoraciones concupiscentes. La tinta devenía texto y paulatinamente iban surgiendo trazos que hacían borde al infinito desierto.

Fue entonces cuando, vertida en su ausencia, se convirtió en mujer. Su llanto irrigó la arena y su gemir se tornó canto hecho de restos de los vericuetos de su amor. Y así, su nombre no le fue ya dado por la ley que condenaba al amor divino ni por el Dios hecho carne; más bien, se descubrió mujer al encarar la locura en un cuerpo horadado, al sentir en su propia piel la inmensidad del abismo y saber que su nombre verdadero no podía más que ser siempre un misterio. Intentar develarlo sólo engendraría ominosas respuestas. Tanta verdad y tanta ilusión. ¿Acaso podría ser de otra manera?, ¿no es el mito la única forma de acercarse a la verdad del ser?

Unidad perdida

desde siempre pero añorada. Al percatarse de que el intento infatigable de sortear la muerte era al mismo tiempo suplicar su abrazo, enmudeció. De otro modo que madre y seductora siempre alerta, se descubrió incapaz de fundirse en otro. Ahora intenta decirse desde líneas que tiemblan armando un caleidoscopio con los pedazos que le quedan. Canto roto, partituras intraducibles en pentagramas.

No había Dios.

No había hombre frente a su deseo ni beso que anunciara la verdad en la tragedia. El Dios estaba hecho de letras que no encarnaban y ni en su delirio conseguía dibujar su cuerpo. El deseo no logró tejer deleite a deleite nuevas alas, nuevos cuerpos empapados de tierra.



Su tragedia no fue su delirio sino haberse empeinado en hacerlo verdad. Amenazada por el castigo divino al haber osado usurpar el templo de los dioses, intentaba arrancarse con manos y dientes al Dios intangible que la había invadido. Diosa sin espejo, caída desde el inicio... venturosamente herida. Cuántas cenizas para gestar una mujer desgarrada y no ya una diosa desvalida; cuánto para hacer latir un corazón. Sólo a los dioses no les late el corazón y los andróginos son sólo posibles en el infarto del deseo.

Arrojada.

¿Y cómo se andaba en un cuerpo de mujer?, ¿cómo se amaba a un hombre?, ¿cómo se amaba en esta tierra, revoltijo de pedazos de divinidad contaminada? Amor descarriado y abrupto desamor. ¿Amor acaso?, ¿cómo construirse desde otro lugar con tantos trozos de carne? Su amor desterrado, sin patria ni tiempo, despierta asombrado en su orfandad en medio de un diálogo extraviado. Soledad que no dice y sólo impera.

Ojos tristes.

Manos que mejor se ocupan de escribir. Y mientras el deseo llora la realidad agujereada, intenta reinventarse con las heridas y las pasiones, con el ansia y el aliento. Al ir armando su nombre con anhelo y mundo, deseaba encontrar algo más allá de esa pequeña muerte y del apacible abrazo posterior al éxtasis. Borear la muerte, olerla, sentir el vértigo de su cercanía, pero ¿entregarse a ella así, sin más?

Calma.

Susurra el viento y ella entra en trance entre la escucha y la huida. No puede soportar el sonido del silencio y no puede seguir soportando no soportarlo. ¿Qué es el amor?, ¿qué podría ser ahora el amor? Siempre en su busca para vencer la vida rota en individuos. Y con la mujer extraviada, le entregó el corazón a un fantasma que jamás encarnó.

Finalmente llegó el sosiego después de aquel salto al vacío. Vacío que confundió con el cielo, ¿o cielo que descubrió vacío?

